HOMILÍA DOMINGO XXXII CICLO A

Las lecturas de hoy empiezan hablándonos de la sabiduría (Sab 6, 12-16) y de los beneficios que tiene quien la encuentra. ¿Pero quién es sabio según la Biblia? El sabio no es el que tiene un CI de 130, o el que saca excelente en todas las asignaturas. El sabio es aquel que vive según la Voluntad de Dios. Puedes ser un analfabeto y ser sabio, si Dios está en tu corazón y le haces caso. Como se cuenta del santo cura de Ars, que no aprovechaba para los estudios, pero su corazón estaba en Cristo, y venían de toda Francia para conocerlo, confesarse y pedirle consejo.

Dice la primera lectura que el que vela por la sabiduría pronto se ve libre de preocupaciones. Y así es. Si Dios está en el centro de tu corazón, si dejas de preocuparte de tu imagen y de las demandas constantes de tu ego y dejas que el Espíritu de Dios te guíe, las preocupaciones se van disolviendo. Porque ya no eres tú el que carga a solas con esas preocupaciones, desde tus solas fuerzas. Dios las carga contigo, y entonces el yugo se vuelve suave y la carga ligera…

Incluso la gran preocupación de los seres humanos, la muerte, pierde su terrible aguijón. Nos lo dice san Pablo en la segunda lectura (1 Tes 4, 13-18): “No os aflijáis como los que no tienen esperanza. Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, de igual modo Dios llevará con él, por medio de Jesús, a los que han muerto”

Y el sabio es también aquel que no descuida la provisión necesaria de aceite, para que su lámpara no se apague, no sea que le pase lo que a las cinco vírgenes necias del evangelio de hoy (Mt 25, 1-13).

La lámpara encendida es símbolo de la fe, mientras que el aceite serían los medios necesarios que hemos de poner, para que esa llama nunca se apague en nuestros corazones.

¿En qué va a consistir nuestro aceite? Es decir… ¿Qué medios vamos a poner para cuidar y alimentar constantemente la llama de nuestra fe? Sin duda la fidelidad a la Eucaristía es el gran medio, el gran alimento para que nuestra fe no decaiga. Pero también es necesario meditar la Palabra de Dios, orar, celebrar el sacramento de la reconciliación, acompañarse espiritualmente, hacer algún retiro espiritual de vez en cuando, leer y formarse con lecturas teológicas y espirituales adecuadas…en fin, no dejar todo a la improvisación, sino hacerse un plan de cuidado de la propia espiritualidad, pues para un cristiano, la espiritualidad es la dimensión más importante de la vida. Siempre teniendo claro, que todo ese cuidado de la espiritualidad es para recibir la Fuerza de Dios y el alimento necesario para después amar y servir mejor a los demás, especialmente a los últimos de nuestra sociedad.

Señor, ayúdanos a vivir sabiamente, según tu Voluntad, provistos del aceite necesario para que la lámpara de nuestra fe brille siempre y así podamos anunciarte, con palabras y hechos, allí donde estemos presentes.

Mn. Antoni Reina